

XXXVI.

En el que Catalina y Don Leonel conocen que su situación es mas triste que lo que ellos pensaban.

Doña Catalina quedó casi sin aliento entre los brazos de Don Leonel y del Padre Alfonso.

Lloraba y sollozaba, pero de placer. Don Leonel la perdonaba; quizá no la amaría; pero alcanzar aquel perdon era ya demasiado para ella.

—Sentaos, hija mia, sentaos—dijo el padre Alfonso;— esas emociones violentas podrán haceros mal.

Catalina, sostenida por Don Leonel, se dejó caer en un sitial.

—Catalina—le dijo Don Leonel—el arrepentimiento borra las manchas del corazón, pero el mundo y la sociedad son exigentes; oidme, Catalina, aun hay un modo de salir de esta horrible situación.....

—Decid, decid—exclamó Catalina.

—Quiero que mi hermano escuche, porque espero de su prudencia y de su sabiduría que ilumine mi alma en estos momentos.

—Habla, Leonel—contestó el padre Alfonso—y Dios quiera inspirarme para daros un consejo saludable.

—Doña Catalina—dijo Leonel—respondedme en nombre de Dios la verdad en lo que voy á preguntaros, como si estuviérais ante el Supremo Juez de vuestra vida.

La jóven, impresionada por el tono solemne de estas palabras, se levantó de su asiento y se puso de pié.

—Catalina, ¿creeis que vuestra felicidad consiste en vivir á mi lado?

—Sí, sí—contestó con exaltacion la jóven.

—¿Y os sentís fuerte contra vuestras pasiones y vuestros instintos, para ser bajo mi mismo techo una mujer virtuosa?

—Os lo juro, lo juro, lo juro—contestó Catalina.

—Bien—continuó el jóven:—ante todo debo advertiros, aunque haga pedazos vuestro corazón, que yo no puedo dejar de amar á Esperanza; pero como este amor es ya imposible, criminal, como ya nada me liga á la tierra, quiero vivir para haceros feliz, porque si el cielo no cierra sus puertas al pecador arrepentido, yo no os puedo cerrar las de la felicidad, si de mí depende: iremos á vivir lejos de aquí, en otro país, bajo otro cielo, en donde nadie nos conozca, en donde vos podais ocultar vuestro nombre y vuestra historia, y yo mi dolor, mi nombre y mis desgracias: ¿quereis?

Catalina cayó de rodillas á los piés de Don Leonel: un paraíso se abrió ante sus ojos, el porvenir se mostraba lleno de luz, de vida, de color: aquel hombre no solo la perdonaba, sino que la llamaba á vivir á su lado, bajo su mismo techo; aquello era mas de lo que ella habia soñado. Ni el recuerdo de Esperanza turbaba su felicidad. Don Leonel la amaba, pero con el tiempo podía ella hacérsela olvidar, hacerse amar, volverse digna de aquel hombre por quien sentia lo que jamás habia sentido.

Don Leonel alzó á Catalina y la volvió á sentar en el sitial.

—Entretanto es preciso que volvais á vuestra casa—dijo Don Leonel.

—Volveré—contestó con humildad Catalina.

—Y que guardéis el mas profundo secreto.

—Callaré—dijo la jóven.

—Evitaré el ir á vuestra casa y veros.

—Pero, señor.....—exclamó ella con acento de súplica.

—Es preciso—dijo el padre Alfonso.

—Obedeceré, y se hará en todo cuanto vos dispongais; espero en el porvenir la felicidad.

—Bien; ¿habeis venido sola?—preguntó el Padre.

—Sí, señor—dijo la jóven.

—En ese caso, haré que dos lacayos os acompañen.

En el tono con que el Padre Alfonso dijo esto, comprendió Catalina que era una órden, y se levantó y se cubrió con su velo.

El Padre se dirigió á la puerta, pero en vez de ser Doña Catalina la que salia, fué Don Nuño de Salazar el que penetró en la habitacion, con aire severo y sin descubrirse.

Don Leonel, su hermano y la jóven quedaron como avergonzados.

—Señores—dijo Don Nuño—sois mis hijos; y bien que por vuestra edad y por vuestras profesiones sois dueños de vuestras acciones y conciencia, vivís en mi casa, ¿lo escuchais? en mi casa, honrada siempre, y en donde nunca se han visto entrar damas encubiertas, y á deshoras menos: ¿lo oís?

—¡Padre!—dijo Don Leonel.

—Señor, ¿suponeis.....—dijo el Padre Alfonso.

—Nada supongo—dijo con severidad el anciano—que me horrorizaria de suponer nada en vuestra edad y vuestro estado; pero esto es un escándalo, por mas que me jureis la pureza de vuestras intenciones.

—¡Señor!—exclamaron los dos hermanos.

—Silencio; que aquí yo mando, yo soy el padre, y aquí nadie levanta la voz. Señora, descubríos.

—¡Padre!—dijo Leonel;—á una dama, en mi casa!

—Podrá ser una dama, aunque los pasos en que anda no lo prueban; pero que esta sea vuestra casa, no lo creais; lo era cuando por honor del padre los hijos no abusaban trayendo aquí damas encubiertas; ahora solo es mia: ¡señora, os mando que os descubrais!

—¡Padre, por Dios!—dijo Don Leonel interponiéndose entre el anciano y Catalina.

—Quitaos, digo—repitió el anciano—y de lo contrario os haré entender que soy vuestro padre, y que aunque viejo, me sobran fuerzas y energía para hacerme respetar.

Y los ojos de Don Nuño centellaban de furor, y su rostro estaba encendido, y comenzaba á temblar su voz.

—¡Padre mio! reportaos, por Dios!—dijo el Padre Alfonso acercándose.

—Apartaos—contestó Don Nuño:—señora, descubríos.

La jóven vaciló, y Don Nuño iba ya á lanzarse sobre ella, cuando el Padre Alfonso dijo:

—Descubríos, señora, os lo ruego.

La dama alzó su velo, y Don Nuño la miró fijamente.

—¡Ah! muy jóven y muy bella sois para andar en estas aventuras!

—¡Padre! por piedad, no la insulteis!—dijo Don Leonel.

—Señora, ¿cómo os llamas?—preguntó Don Nuño, sin atender á las razones de sus hijos.

—¿Esto mas, señor? ¡Por Dios!—decia Don Leonel.

—¡Vuestro nombre, señora, vuestro nombre! Necesita cada uno saber el nombre de las personas que entran á su casa: ¡vuestro nombre, os digo! ¡contestad!

Don Leonel estaba densamente pálido, y la jóven temblando, y sin poder resistir el fuego de las miradas, las palabras del anciano, contestó tímidamente:

—¡Catalina de Armijo!

—¿Cómo?—dijo Don Nuño, dando un paso atrás como si hubiera pisado una víbora;—¿cómo? Repetid, repetid.

Los dos hermanos estaban espantados del efecto que aquel nombre había producido en su padre.

—¡Catalina de Armijo!—repitió la jóven.

—¿Y vuestra madre, vuestra madre, cómo se llama?

—Catalina de Armijo también—contestó la jóven.

—¿Y vuestro padre?

—Nunca lo he sabido.

—¿Teneis otros hermanos?

—No señor, yo he sido la hija única de mi madre.

Don Nuño, sin que nadie hubiera podido preverlo, se lanzó adonde estaba la jóven, y tomándola de la mano, casi la arrastró hasta cerca de la bujía.

Allí sin ceremonia alguna, sin miramiento de ninguna especie, sin que se lo pudieran impedir ni la misma jóven, ni los hermanos que estaban inmóviles por el asombro, la volvió de espaldas á la luz, y con un movimiento convulsivo, rasgó el vestido de la jóven, descubriendo la espalda blanca y mórbida como si fuera de alabastro.

En aquella espalda blanquísima se descubría una llama pintada con sangre; la marca de la familia de los Carbajales.

Don Nuño lanzó un grito, y volviendo de frente á la jóven, la contempló un momento con ojos extraviados, y luego la estrechó entre sus brazos, gritando:

—¡Hija mia! ¡hija mia!

—¡Su hija!—exclamaron los dos hermanos con espanto.

—¿Mi padre vos?—dijo Doña Catalina desprendiéndose de sus brazos.

—¡Sí, tú eres mi hija! ¡mi hija! tú eres mi hija, que te he buscado tanto, que creía haber encontrado en Doña Esperanza. ¡Oh hijos míos! Leonel, Alonso, abrazad á esta jóven, porque es vuestra hermana.

Catalina miró á Leonel con asombro, como si quisiera volverse loca; despues dirigió su mirada á Don Nuño, cerró los párpados, lanzó un gemido, y cayó desmayada.

Don Nuño comprendió que algo terrible pasaba allí, porque Don Leonel habíase abrazado del Padre Alfonso y estaba como desvanecido.

Entonces aquella idea le preocupó mas que el accidente de Catalina; un mundo de ideas se alzó en su cerebro, y sin atender á la jóven que yacia en el suelo, se precipitó sobre Don Leonel, y sacudiéndole fuertemente de un brazo, le dijo con ronca y entrecortada voz:

—¡Leonel! ¿tendré que llevar un remordimiento mas á la tumba?

—¡No, padre mio!—contestó Leonel;—vivid tranquilo, ya que ella va á ser tan desgraciada.

—Leonel, no me engañes para calmarme.

—Os lo juro por la memoria de mi madre.

—¡Dios te haga feliz, hijo mio! ¡yo te bendigo!

Y arrodillándose en el suelo, levantó cuidadosamente á Catalina, y la apoyó contra su pecho.

—Pronto, Leonel, llama á los criados; dame agua aunque sea: esta niña se muere.

Leonel salió precipitadamente, y el Padre Alfonso se arrodilló también al lado de Catalina y le tomó una mano.

—No temais—dijo—no temais, padre mio; es un des-

mayo; Dios no ha de querer arrebatáros á vuestra hija en el momento mismo en que la recobrais.

—¿Tú lo crees, hijo mio? ¿tú lo crees?

—Sí; mirad, ya abre los ojos, ya respira con mayor facilidad; mirad, mirad.

En efecto, Doña Catalina abrió los ojos, y lo primero que llamó su atención, fué Don Leonel que entraba.

—¡Ah! ¿sois vos, Don Leonel?—exclamó;—he tenido un sueño espantoso: soñaba.....—Entonces alzó su cara, y miró á Don Nuño.—¡Dios mio!—gritó—¿conque no es un sueño? ¿conque es una realidad?..... ¡Oh! soy muy desgraciada! ¡muy desgraciada!..... ¡Dios mio! ¿merecen esta pena mis pecados?

Don Leonel no se atrevia ni á moverse; Don Nuño lloraba, y su llanto caía sobre la frente de la jóven y resbalaba sobre su rostro.

Seguramente el Padre Alfonso era el único capaz de hablar, y habló.

—Catalina, hermana mia—dijo—por pruebas terribles quiere Dios que pase vuestro espíritu; el fuego del dolor debia purificar vuestro corazon y hacer brotar en vuestro pecho el inmenso raudal del arrepentimiento: hace un momento os contentábais con solo el perdon de Leonel; ahora ese hombre es vuestro hermano, ahora encontráis un padre, ahora vuestro arrepentimiento será perfecto, porque es para Dios y no para el mundo; vuestra alma sacude las cadenas del vicio, el cielo os brinda con sus eternas venturas; aceptad con gusto la corona del martirio, vivid para Dios y para vuestro padre; perded la memoria de lo que pasó, ya que en medio del camino de la miseria suena para vos la hora de redencion: ¡hermana mia! Dios que os envía dolor tan grande, no podrá negaros el esfuerzo para resistirle; acer-

caos á él y pensad en el cielo, ya que la tierra no os ha dado mas que cieno y espinas.

Doña Catalina habia seguido con el alma las palabras del Padre Alfonso, su rostro habia comenzado á cambiar de aspecto, las sombras de la desesperacion sombría que lo nublaban, iban como disipándose, y los ojos comenzaron á tener ese brillo y esa humedad que anuncian el llanto, y cuando el Padre Alonso acabó de hablar, la jóven, que se habia ido incorporando poco á poco, estaba ya de rodillas con la mirada fija en un cuadro que representaba á la Virgen y que segun la costumbre de aquellos tiempos, estaba en la cabecera de la estancia, con dos velas de cera que le encendian cada noche.

—Madre mia, madre mia—dijo Catalina alzando sus manos á la Virgen—dame fuerza y resignacion para sufrir.

Y luego, cubriendo su rostro con ambas manos, comenzó á derramar un torrente de lágrimas, que salian entre sus blancos dedos como una lluvia de diamantes.

marido; en fin, que es rica y libre para amar á su primo Don Leonel ó á quien mejor le parezca.

—¿Y quién la buscará para decirle todo eso? porque esa dama no creo que pueda recibir la noticia de lo que ha pasado esta noche sin horrorizarse—dijo Don César;—lo que ha sido para nosotros un grande acto de justicia, es seguro que ante sus ojos no pasará de un asesinato bárbaro, que quizá se crea con obligacion de denunciarlo á la justicia tratándose de su marido.

—Es verdad—dijo Teodoro.

—Y es además ponerla en un caso terrible de conciencia—agregó Martin.

—Que nos reprobaria en lugar de agradecérselo—dijo Teodoro.

—Entonces ¿qué pensais?—preguntó Martin á Don César.

—Escuchadme—contestó Don César:—esos cuatro muertos, porque Don Alonso y el otro cuando mas serán cadáveres mañana, deben descubrirse muy pronto, quizá antes de tres dias; entonces vos ireis á buscar á Doña Esperanza y le direis cuanto se os ocurra sobre haberla buscado, y no mas, y entonces podreis ayudarla en todo.

—Pero si no se descubren los cadáveres, si Doña Esperanza queda en esa posicion incierta sin saber si es viuda ó casada, sin poder probar ante los tribunales su verdadero estado, entonces la habremos hecho mas desgraciada.

—En efecto—dijo Don César;—en tal caso, lo que se debe hacer es cerciorarse mañana si ya han muerto Don Alonso y el otro, y si esto ha sucedido, entonces mañana mismo se hace llegar la noticia á conocimiento de algun alcalde, y todo se asentará mañana mismo, antes de que los rostros de los muertos se desfiguren y cueste mas trabajo reconocerlos.

—Muy bien—contestó Martin;—yo me encargo de ir á

XXXVII.

Se ve lo que determinaron é hicieron Martin, Don César y Teodoro.

CUANDO Don César y sus compañeros llegaron á la casa de Teodoro, era pasada ya con mucho la media noche.

Sin embargo, en la casa esperaban, porque llamaron apenas, cuando se abrió la puerta y encontraron luces, como si fueran las nueve ó las diez.

Se entraron los tres á una estancia y allí se encerraron.

—Por este lado—dijo Teodoro—creo que hemos hecho ya lo bastante.

—Y mas de lo que esperábamos—replicó Don César;—Martin dijo que era la noche de la justicia, y lo ha sido.

—Pero aun falta algo—dijo Martin.

—¿Qué?

—Sabemos en donde está Doña Esperanza, la hemos libertado de sus tiranos y de sus enemigos; pero ella no lo sabe, y es preciso comunicárselo, verla, decirla que está libre, que ya no existen sus perseguidores, que el hombre que la hizo su esposa por fuerza no reclamará ya sus derechos de

ver si esos dos lobos han dejado de existir, y vendré á avisarlo para que se proceda á lo demás.

Con esta resolucion cada uno se retiró á su aposento, y Martin no volvió aquella noche á su casa, sino que se quedó en la de Teodoro.

Toda la noche pensó en Doña Esperanza; casi la veia ya feliz y rica, pero tenia la idea de que era necesario para cortar las relaciones de Don Leonel con Doña Catalina, á las que él no daba una gran importancia, llevar á aquel el libro de las Memorias de Doña Juana, tanto para hacerle volver al amor de Esperanza, quanto para evitar que por una desgracia se fuese á enamorar verdaderamente de su hermana.

Estas reflexiones tanto le afectaron, que casi sintió no haber llevado antes el libro á Don Leonel, y determinó llevarlo al siguiente dia, antes de ir á cerciorarse de si habian muerto Don Baltasar y Don Alonso.

Pensando en esto, como iba amaneciendo y estaba muy cansado, se quedó dormido profundamente.

Cuando Martin despertó era ya muy tarde, el sol estaba muy alto, y se oia ya el rumor de mucha gente que andaba por la calle.

—Sea por Dios!—dijo;—tanto pensé en lo que tenia que hacer temprano, que no lo hice, y á fe que he tenido sueños espantosos, y la vieja y Don Alonso, y Don Baltasar y el hombre que mató Teodoro, han bailado al derredor de mi cama toda la noche, haciéndome unos gestos horribles y echando lumbre por los ojos..... ¡y qué cosa tan fea es matar á un hombre, aunque sea con justicia!..... Estos eran unos pillos, que ya, ya, buena guerra hubieran dado si siguen viviendo..... en fin, me vestiré y vamos á ver lo que ha sucedido por allá.

Martin se vistió, y sin averiguar si Teodoro se habia levantado, salióse á la calle y se dirigió á su casa.

La muda le esperaba; Martin por señas le hizo comprender que Doña Esperanza estaba buena; luego se hizo servir el desayuno, y tomando el libro de las Memorias de Doña Juana de Carbajal, la emprendió para la casa de Don Leonel.

Subió sin que nadie le viera y llamó á la habitacion del jóven; un lacayo salió á verle y le dijo que aun no se levantaba su amo, porque estaba un poco enfermo.

Garatuza no creyó prudente volverse á salir con el libro, y dijo al lacayo:

—Como supongo que su señoría, si no está levantado, sí por lo menos despierto, os ruego le lleveis esta caja inmediatamente, advirtiéndole que quien la trae volverá esta tarde.

El lacayo recibió la caja, hizo una reverencia y Garatuza se retiró.

Procurando recatarse, andando unas veces de prisa y otras despacio, pero caminando siempre en direccion del lugar de la escena de la noche anterior, Garatuza llegó á encontrarse fuera de la ciudad.

Miró por todos lados, y ni una persona se distinguia en una gran extension.

Confiado en esto, apretó el paso y llegó al fin de su camino.

Humeaban aún los restos de la casa; el fuego habia consumido los techos y las puertas, parte de las paredes habian caido y parte se conservaban humeadas y negras.

El cadáver de Guzman, ó habia sido consumido por las llamas, ó habia quedado sepultado bajo los escombros; pero no se descubría.

—Quizá no estaba bien muerto y se haya escapado—dijo Martin, y comenzó á levantar algunas piedras en el sitio en que suponía se hallase el cadáver.

Trabajó un rato, y de repente se detuvo; era que al levantar uno de aquellos escombros, habia descubierto una mano negra y crispada.

—¡Ave María Purísima!—dijo santiguándose—aquí está; vamos á ver á los otros.

—Lo que es esa—continuó señalando el sepulcro de Doña Catalina—ni que preguntar: veamos á aquellos.

Y se dirigió adonde habian quedado Don Alonso y Salmeron; apartó la maleza y casi se horrorizó de lo que veia.

Los dos habian ya espirado; pero aquellas dos cabezas que salian de la tierra, presentaban un espectáculo capaz de helar la sangre en las venas del hombre mas atrevido.

En los dos rostros se pintaba la muerte con los caracteres de la mas infernal desesperacion.

Don Alonso habia conseguido romper con los dientes la mordaza, que era de madera; pero quizá al conseguirlo, ó quizá en medio de su agonía, se habia trozado la lengua con los dientes, porque le colgaba fuera de la boca, negra y despedazada, y un charco de sangre se advertia en la tierra, debajo de su barba.

Don Baltasar tenia los ojos abiertos, casi saltados de las órbitas, vidriosos, amenazadores aún, y sus cabellos, blancos y escasos, estaban como erizados todavía.

Una infinidad de moscas de todas clases cubrian aquellas dos horribles figuras, y se levantaron como una nube al acercarse Garatuza, produciendo un rumor siniestro y triste.

Martin se acercó á examinar, y notó que antes de morir y quizá durante toda la noche, esos moscos de la laguna, cuyas picaduras son tan agudas y tan molestas, habian mar-

tirizado á aquellos infelices, aumentando así lo espantoso de su situacion, porque se notaba en todo el rostro de ambos el estrago que habia causado en ellos la multitud de aquellos animales.

—Vámonos—dijo Garatuza;—yo no puedo ver esto, y es preciso que la justicia venga pronto, porque si tarda, será imposible despues reconocer estos cadáveres.

Y sin esperar mas, y sin pensar que no habia descansado ni un instante, dió la vuelta á México á llevar noticia de todo á Teodoro y á Don César.